



NUEVA Y CURIOSA RELACION  
DE LA  
**PEREGRINA DOCTORA.**

PRIMERA PARTE.

Soberana luz brillante,  
Madre del divino Verbo,  
amparo de pecadores,  
palma, luz, libano y huerto;  
dad á mi pluma la gracia,  
que si la logro, pretendo  
contar un caso admirable  
de los muchos que habeis hecho.  
En la ciudad de Lisboa,  
y en su lucido pueblo,  
vivía un gran potentado,  
tan noble y tan caballero,  
que general de las tropas

le hizo su rey don Pedro;  
le llaman don Alejandro  
de Figueróa y Sarmiento.  
Este tal era casado  
(¡con qué pena lo refiero!  
¡con qué pesares lo digo!  
¡y con qué dolor lo siento!)  
con una preciosa dama,  
con un peregrino objeto:  
con la muger mas hermosa  
que habia en todo aquél reino;  
tan discreta y tan bizarra,  
que si á Venus eligieron

por diosa de la hermosura,  
 dando la manzana en premio,  
 en doña Inés con mas gracia  
 se halla Palas, Juno y Venus.  
 Se llamaba aquesta señora  
 doña Inés Portocarrero,  
 su esposo don Alejandro,  
 que adora sus pensamientos,  
 la tierra que pisa, besa;  
 y de continuo su pecho  
 la idolatra retratada,  
 que es su mayor consuelo.  
 Este tal tiene un hermano  
 dentro en su palacio mismo,  
 que le llaman Federico,  
 liviano, altivo y soberbio;  
 aqieste se queda en casa  
 para despachar los pliegos  
 cuando el hermano salia  
 á cumplir con sus empleos,  
 siendo pirata de esclavos  
 y verdugo de los negros,  
 enfado de las doncellas  
 que le estaban asistiendo,  
 porque á todos le servia  
 de muy gravísimo peso,  
 que lo que pasa en palacio  
 en todo se está metiendo.  
 Este tal se enamoró,  
 con mal nacidos intentos,  
 de la muger de su hermano,  
 doña Inés Portocarrero,  
 anda triste y desvalido,  
 sin color y macilento,  
 hasta las aves le enfadan  
 cuando vuelan por el viento.  
 En fin, se determinó  
 cierto dia en unos versos,  
 que su esposo la escribió  
 echando un papel en medio,  
 darla parte de su amor  
 con infernales intentos.  
 Tomó doña Inés las cartas  
 con alegría y contento,

por ser de don Alejandro,  
 su consorte y compañero.  
 Estándola repasando,  
 reparando en aquel pliego  
 que estaba muy poco hollado  
 y escrito de poco tiempo,  
 rompió la mena y al punto  
 que ha comenzado á leerlo,  
 en su presencia lo arroja,  
 hecho pedazos al viento.  
 Detente, muger heróica,  
 guarda el papel en tu pecho,  
 que podrá ser que te sirva  
 algun dia de provecho;  
 mas en fin ya lo rompió,  
 ¡qué lástima! no hay remedio.  
 Mas viendo don Federico  
 el desaire que le ha hecho,  
 cólerico y enojado  
 brota por los ojos fuego.  
 Mas ella disimulaba  
 y á solas está diciendo:  
 ¿quién ha de guardar mi honor  
 quiere ofender mi respeto?  
 Mire per sí, Federico,  
 y respétese asi mismo,  
 supuesto que dos hermanos  
 son dos armas y un cuerpo,  
 no le quiso decir mas,  
 él se metió en su aposento,  
 maldiciendo su fortuna:  
 jura por los altos cielos,  
 que á pesar de todo el mundo  
 ha de lograr sus intentos.  
 Miró doña Inés un dia  
 á don Féderico atento,  
 y le vió de que traia  
 el rostro muy descompuesto,  
 y que le estaba brotando  
 la ponzoña y el veneno:  
 mas ella como discreta,  
 entre si estaba diciendo:  
 aqieste quiere intentar  
 un villano atrevimiento:

mas antes que lo ejecute  
 yo quiero poner remedio.  
 Mandó al punto que viniesen  
 albañiles y arquitectos,  
 y que en medio del jardin  
 hiciesen del jaspe negro  
 unas bóvedas curiosas,  
 pintadas con azulejos,  
 cuanto cupiese una cama,  
 mesa, silla é instrumentos;  
 y que á la puerta le pongan  
 unas barretas de hierro,  
 cuanto se pueda por ellas  
 meter el mantenimiento,  
 con su golpe como cárcel,  
 el pestillo fuerte y récio.  
 En breve tiempo se hizo,  
 que en donde sobra el dinero,  
 muy pronto se facilita  
 por largo que sea el cuento.  
 De que estuvo aderezada  
 con su cama y lucimiento,  
 llamando á don Federico  
 doña Inés Portocarrero,  
 le dice: hermano mio,  
 porque muy triste te veo,  
 quiero llevarte al jardin  
 á ver los árboles bellos,  
 verás una arquitectura  
 hecha por un hombre maestro,  
 para en viniendo mi esposo  
 que salga á tomar el fresco.  
 De que oyó estas razones,  
 se alegró en grande extremo,  
 que entendio ya que la rosa  
 se iba convirtiendo en celos.  
 Se fueron hácia el jardin,  
 viendo aquel casino ameno,  
 con la cama tan curiosa,  
 le dió el corazon un vuelco,  
 diciendo: aquesta es mi suerte,  
 hoy se logran mis deseos;  
 mas díjole doña Inés.  
 con engañosos intentos,

entre usted don Federico,  
 toque usted ese instrumento  
 mientras yo cojo unas flores  
 de las mejores del huerto.  
 Hizo lo que le mandó,  
 y apenas le vió adentro,  
 cuando tirádo la puerta  
 con tan voronil esfuerzos,  
 quedando el golpe echado  
 quedó Féderico preso,  
 diciendole: aquí se pagan  
 malicias y atrevimientos.  
 De que oyó aquestas razones,  
 tiró al suelo el instrumento,  
 escarba, bufa y pateo,  
 parece un leon sangriento,  
 jura que se ha de vengar  
 á pesar del mundo entero:  
 (si el papel no hubiera roto  
 no se viera en este espejo.)  
 Ella se fué á su retrete,  
 dejándolo en cautiverio.  
 Cuando vienen á palacio  
 visitas de caballeros,  
 de señoras principales,  
 de sus parientes y deudos,  
 cuando preguntan por él,  
 dice doña Inés á tiempo  
 que le ha dado un accidente  
 y un frenesí descompuesto,  
 que allí lo tiene metido  
 para tenerlo sujeto,  
 que los regalos del mundo  
 de sobra los tiene dentro.  
 Desde entonces doña Inés  
 despachó todos lo pliegos  
 diciendo que está su hermano,  
 melancólico y enfermo.  
 De allí á seis meses se supo  
 en la corte por muy cierto,  
 como el campo se levanta,  
 conviniéndose los reyes  
 en dar treguas á la guerra,  
 y que próspero y contento

viene ya don Alejandro  
echando plumas al viento.  
Doña Inés á Federico  
le llevó un vestido nuevo,  
un caballo enjaezado,  
la peluca y el sombrero,  
un maestro que lo afeite  
y que montase ligero,  
y le sale á recibir  
con ambos brazos abiertos,  
sin darse por entendido  
del intentado suceso,  
que lo que ha hecho con él  
él debía agradecerlo.  
Con esto abrióle las puertas,  
aunque con algun recelo;  
y él no se quiso vestir,  
que con el ropage mesmo,  
y sin afeitar se monta  
en el andaluz soberbio.  
El hermano que lo vió  
tan abominable y feo,  
le pregunta hermano mio,  
¿cómo bienes tan horrendo?  
¿que pesares te molestan?  
¿qué disfraces son aquestos?  
Entonces le respondió  
de esta manera diciendo:  
tu esposa tiene la culpa  
de verme como me veo:  
porque no hice su gusto,  
que descansando en mi lecho,  
una noche me insitó  
echandome mil requiebros,  
pero yo la respondí,  
dándola dos mil consejos,  
y por aquesta ocasion  
me ha estado dando tormentos,  
y me ha tenido hasta ahora  
en este recinto preso.  
Don Alejandro que escucha  
tan terrible atrevimiento,  
como un mármol se quedó  
un largo rato suspenso,

que quisiera que el abismo  
le sepultará en su centro:  
y entrando por el palacio  
le salió al recibimiento  
aquella blanca azucena,  
aquella jolla sin precio,  
á recibirlo en sus brazos  
del alma, y él con despego  
le pegó una bofetada  
con injuria de los cielos,  
y por no ver su hermosura  
mandó que cuatro monteros  
que son hombres de mal alma,  
le llevasen á un desierto,  
y que le saquen los ojos  
y el corazon de su centro,  
que en un paño se los traigan  
para quedar satisfecho.  
¡Qué lástima! ¡qué dolor!  
¡qué pena! ¡qué sentimiento!  
¡oh qué injusticia, qué agravio!  
¡qué castigo sin deberlo!  
Salen una noche triste,  
amparados del silencio  
aquellos facinerosos,  
y antes que rompiera Febo  
en un monte se hallaron  
tan encumbrado y espeso,  
que aquel dorado planeta  
que vive en el cuarto cielo  
no ha podido con sus rayos  
descubrirle sus cimientos.  
Estando en aqueste sitio  
arrimada á un duro fresno,  
antes de darla la muerte  
quisieron gozar primero  
aquella prenda del orbe,  
aquella joya sin precio.  
Arman tan cruel batalla  
sobre el que ha de entrar primero,  
que los cuatro parecian  
unos lobos carnívoros;  
pero la Virgen María  
los aires bajó rompiendo

con su hijo de la mano,  
sacro Niño y rey inmenso  
la dice, devota mia,  
libre estas no tengas miedo,  
que yo vendré á visitarte,  
aunque yo nunca te dejo:  
un leon te ha de traer  
proporcionado alimento,  
y aqúeste te ha de guardar,  
que estés velando ó durmiendo.

La Virgen y el bello Niño  
luego desaparecieron,  
quedándose doña Inés  
confusa en su pensamiento  
por saber de que un leon  
le ha dé dar el alimento.  
Y en la segunda parte  
dará Juan Miguel del Fuego  
á todo oyente gusto  
del suceso verdadero.

## SEGUNDA PARTE.

Vamos ahora á los cuatro  
que se quedaron riñendo  
que entre los tres dieron muerte  
al que era mayoral de ellos,  
y los otros que se hallaron  
la jaula sin el jilguero,  
la buscaron por el monte  
como caballos sin freno;  
mas viendo que no la hallan  
hicieron este concepto:  
¡muy bien habemos quedado!  
¿qué buena cuenta daremos  
allá de nuestras personas  
del encargo que traemos?  
Lo que podemos hacer  
con ese difunto cuerpo,  
será sacarle los ojos,  
el corazon y en un lienzo  
se lo podemos llevar,  
y cumpliremos con esto:  
en breve lo ejecutaron,  
que fue diciendo y haciendo.  
Dan la vuelta á palacio,  
y entregan en el pañuelo  
el corazon y los ojos,  
y don Alejandro atento,  
con cuidado preguntó  
por el otro compañero;  
todos juntos á un voz  
estas palabras dijeron:  
tambien se quedó en el monte

por que quiso muy soberbio  
profanar á doña Inés,  
y lo matamos por eso,  
y en el monte se quedó  
por andar tan descompuesto.  
Volvamos á doña Inés,  
que estando tomando el fresco  
sentada junto á una fuente,  
volviendo el rostro sereno  
vió que venia el leon  
tan galan, tan alagüeno,  
tan hermoso, tan bizarro,  
que daba contento el verlo,  
y que en la boca traia  
un canastillo pequeño,  
hechos con dos mil primores,  
todo de viandas lleno.  
Hízola una cortesía  
y lamiendola los dedos,  
la entregò el canastillo  
á su señora y su dueño;  
y á la puerta de la cueva  
paseándose y rugiendo,  
anda haciendo centinela,  
guardándola muy atento.  
Al otro dia siguiente  
volvía á hacer lo mismo:  
pasaban todos los dias  
las cosas que aquí refiero.  
Vamos á don Federico,  
que preguntó á los monteros

si es verdad que la mataron;  
 que les guardará secreto,  
 y que tambien les dará  
 gran cantidad de dinero.  
 Todos digeron que no,  
 y contaron el suceso  
 como se quedó en el monte  
 sin agraviarla en un pelo.  
 Don Federico responde:  
 en el alma lo agradezco;  
 todos juntos hemos de ir  
 à buscarla muy de cierto;  
 antes hoy que no mañana;  
 y á mi hermano le diremos  
 que á una rica montería  
 voy con otros caballeros.  
 Salen del pelacio y llegan  
 al segundo Pirineo  
 de aquel encumbrado risco,  
 peñas y montes subiendo:  
 mas quiso su mala suerte  
 que con la bóveda dieron  
 donde doña Inés estaba  
 para perdicion de ellos;  
 que el leon de que los vió,  
 muy enojado y sangriento,  
 á los tres despedazó  
 en menos que dura un credo  
 rezado en latin, y el otro  
 aunque vivo, casi muerto;  
 mas doña Inés lo libró  
 que hiciera con él lo mismo,  
 y lo conoció al momento;  
 porque era don Federico  
 no cupo en su sangre noble  
 aquel refran verdadero,  
 porque ella la mala obra  
 la pagó con buen extremo.  
 Dá la vuelta á palacio  
 con mentiras y embelecos,  
 diciendo que un jabali  
 le mató los compañeros,  
 y que él con cinco heridas  
 se subió encima de un cerro,

y que de allí escapó  
 de aquel tirano soberbio.  
 En un dia señalado,  
 de la Encarnacion del Verbo,  
 se apareció á doña Inés  
 la Virgen de los Remedios,  
 alegrando plantas, flores,  
 riscos, montes y deciertos,  
 diciendola; Dios te guarde  
 hija ya se llegó el tiempo  
 de que dejes este sitio  
 y te vayas á tu pueblo,  
 y curarás á tu esposo,  
 que dias há que está enfermo,  
 y tambien á tu cuñado  
 que las heridas vertiendo  
 todavia le echan sangre,  
 y perdona sus yerros.  
 El leon que te ha traído  
 el cotidiano alimento  
 ha sido por mi mandado,  
 que asi pago cuando quiero,  
 preservando á mis devotos  
 de este semejante riesgo.  
 Con esto la dió la Virgen  
 un vasito muy pequeño,  
 lleno de vâlsamo heróico,  
 como bajado del cielo,  
 quedandose doña Inés  
 metida en un pasagero  
 camino, que vá á Lisboa,  
 con su báculo y sombrero,  
 y peregrinando llega  
 á la ciudad en breve tiempo,  
 adonde en ella curó  
 muy grande copia de enfermos,  
 sin que él vâlsamo precioso  
 se menoscabâra un pelo.  
 Toda la ciudad se admira  
 de la peregrina, viendo  
 los enfermos que curaba  
 tan consumidos y secos,  
 y luego los veian sanos  
 dentro de muy breve tiempo,

Vá la nueva al general  
 don Alejandro Sarmiento,  
 que estaba ya desauciado  
 de los libros de Galeno,  
 y juntamente su hermano.  
 Al instante previnieron  
 un coche con cuatro mulas,  
 salen por la ciudad ciegos  
 buscando la peregrina,  
 preguntando á todo el pueblo;  
 vinieron á dar con ella  
 en un dichoso convento  
 de las mongitas descalzas  
 que estaba con santo celo  
 curando á las religiosas  
 de tabardillos molestos.  
 Entre dos comendadores  
 en el coche la metieron,  
 dan la vuelta á palacio,  
 y visitando al enfermo,  
 tomándole el pulso, dice;  
 diga señor caballero,  
 ¿de qué depende esa dolencia?  
 él dice de sentimiento,  
 y de un gran dolor continuo,  
 que desecharlo no puedo.  
 Entoces ella responde:  
 no es mucho ese sentimiento,  
 ni aqueste dolor es tanto  
 pues que de el no ha muerto.  
 Apenas le echo en los lábios  
 aquel válsamo supremo,  
 se levantó dando gracias  
 al divino Padre Eterno.  
 Queriendo tomar la puerta,  
 la atajaron los vuelos  
 diciendo; señora, detenga  
 que hay que curar otro enfermo.  
 Entonces ella responde:  
 por mi vida que no puede  
 detenerme ni un instante,  
 ni á curarlo me atrevo,  
 si en público no confiesa  
 todas sus culpas y yerros.

Dijo el enfermo que sí,  
 què estaba ya casi muerto,  
 y le huelen las heridas  
 como trescientos mil perros,  
 Mandó juntarse la gente  
 de sus parientes y deudos,  
 hastas los mismos criados  
 que en palacio están sirviendo;  
 á todos pido perdon,  
 pero á mi hermano primero.  
 El hermano le perdona  
 en aquel mismo momento.  
 Hermano y Señor: tu esposa  
 era una joya sin precio,  
 era una arca de esmeraldas,  
 ejemplo de los ejemplos,  
 dechado de las mugeres,  
 y espejo de los espejos.  
 Y yo tan vil criatura  
 quise ofender tu respeto,  
 y por querer ofenderla  
 me tuvo seis meses preso;  
 y yo por vengarme de ella  
 le levantè el falso enredo.  
 D. Alejandro que escucha,  
 echó mano al fuerte acero,  
 diciéndole; vil hermano,  
 atrevido y desatento,  
 por haberte perdonado  
 en tu sangre no me vengo.  
 Entonces la peregrina  
 le fué untando con los dedos  
 las heridas, y al instante  
 se levantó tan bueno.  
 Grande copia de doblones,  
 que pasaban de trescientos,  
 la dan á la peregrina,  
 y ella haciendo menosprecio,  
 dice: guarde las monedas,  
 quiten allá ese dinero,  
 que quizás les hará falta  
 para sustentar los negros;  
 mas con cuidado miraba  
 don Alejandro atento

el rostro á la peregrina,  
 y el traslado de su pecho  
 viendo que todo era uno,  
 se abrazó en vivos incendios;  
 la dice señora, mia,  
 ¿de que patria ó de que reino  
 es V... aunque perdone?  
 Ella con suaves ecos  
 le responde: señor mio,  
 yo soy de todos los reinos,  
 vecina de todo el mundo,  
 y á mi me llaman por eso,  
 la peregrina doctora,  
 sin interés de dinero,  
 la que curó á su marido,  
 y á su enemigo protervo.  
 Entonces don Alejandro  
 la dió un abrazo muy tierno,  
 reconoció que es su esposa  
 aquel hermoso portento.  
 Toda la ciudad se admira,  
 la gran maravilla viendo,  
 de puro contento lloran,  
 y parecè un jubiléo  
 de damas y de galanes  
 y parientes que acudieron,  
 que en el palacio no caben,

sabiendo aquesto suceso.  
 En la ciudad de Lisboa,  
 hacen fiestas y torneos,  
 toros, juegos de escañas,  
 comedias y pasatiempos.  
 A don Federico casan  
 con otro retrato mesmo,  
 hermana de doña Inés,  
 doña Elvira de San Diego,  
 quedando don Alejandro  
 próspero, alegre y contento  
 con su esposa doña Inés,  
 rosa, clavellina, espejo,  
 peregrina montañesa,  
 la que estuvo en el desierto  
 la que libró á su enemigo  
 de manos del leon fiero.  
 Con esto acaba la historia  
 de aqueste breve compendio,  
 de la muger mas heróica  
 que se ha visto en tales riesgos,  
 Y la Virgen nuestra madre  
 la libró de los perversos  
 cubriéndola con su manto,  
 poniendo al demonio el freno,  
 que siendo devota suya  
 la libró del desconsuelo.

**FIN.**

CARMONA:—1858.

Imprenta de D. José M. Moreno, calle Juan de la Cabra núm. 4.